



MENSAJE DEL  
HON. RAFAEL HERNANDEZ COLON  
GOBERNADOR DE PUERTO RICO 1973-1976 ; 1985-1992  
EN OCASION DEL CENTENARIO DE  
LUIS MUÑOZ MARIN

FUNDACION  
BIBLIOTECA

**EL SIGNIFICADO DE**  
**LUIS MUÑOZ MARIN**  
**PARA EL PUERTO RICO**  
**CONTEMPORANEO**

16 DE FEBRERO DE 1998  
MAUSOLEO DE LA FAMILIA MUÑOZ  
BARRANQUITAS, PUERTO RICO

Dos centenarios de enorme trascendencia se conmemoran este año: el nacimiento de Luis Muñoz Marín y la invasión de Puerto Rico por los Estados Unidos de América. Ambos requieren seria reflexión. Hoy nos congregamos para conmemorar jubilosamente los cien años del nacimiento de Muñoz y reflexionar sobre su significado en el momento presente. Venimos de todos los pueblos de Puerto Rico a esta cuna de próceres en el corazón montañoso de la Isla para compartir los sentimientos de solidaridad que en la persona de él nos unen y rendirle tributo agradecido por la dedicación de su vida a la realización de los ideales y aspiraciones más nobles del pueblo puertorriqueño. Reposa Don Luis en la húmeda tierra de este bello rincón de Puerto Rico, junto a su padre, Don Luis Muñoz Rivera, quien también dedicó su vida a luchar por las mismas aspiraciones de este pueblo, al cual ambos amaron tanto.

Llegamos aquí al terminar el Siglo XX y al comienzo de un nuevo milenio en la historia de la humanidad. El mundo ha cambiado mucho desde la época de Luis Muñoz Marín. Finalizamos el siglo en un apogeo mundial de la democracia y del neoliberalismo. La tecnología ha interconectado todos los países introduciendo cambios en la capacidad de producción y mercado que abren nuevos horizontes a este pueblo puertorriqueño. Prevalece una creciente prosperidad en el mundo a la vez que mucha incertidumbre y desorientación. La humanidad confronta grandes retos en cuanto a la suficiencia de los recursos para atender la expansión demográfica frente a las grandes



concentraciones de poder que profundizan las brechas entre los que tienen y los que no tienen.

Pese a la prosperidad material, la frustración y el desaliento se extienden por todos los continentes como nos demuestra el persistente problema de Chiapas. La revolución de las expectativas crecientes se ha globalizado. Los menos afortunados de todas partes del mundo y en Puerto Rico no son excepción, son cada vez más conscientes de la opulencia material que disfrutaban los más afortunados en su propio país y en los demás países de la tierra. El egoísmo de estos últimos los lleva, no a soluciones de justicia, sino a acrecentar el control que tienen sobre los primeros. La frustración se traduce en conductas agresivas. Los fenómenos sociales como la violencia, la droga, la desintegración familiar, la descerción escolar, son cada vez más difíciles de ser alterados para bien.

Al proyectar nuestra mirada hacia ese panorama mundial notamos la ausencia de grandes líderes políticos. Nelson Mandela quizás sea la honrosa excepción. Hay un hambre universal de liderazgo creador y comprometedor. Hay un hambre de figuras como lo fueron Franklyn Roosevelt, Winston Churchill, Mahatma Gandhi, Charles de Gaulle o Martin Luther King. Ocurre lo mismo en Puerto Rico, hay un hambre de la calidad de liderazgo de Luis Muñoz Marín.

Al finalizar este Siglo XX el liderazgo que inspiraba y comprometía en la lucha por los ideales y las más nobles aspiraciones humanas a través de proyectos transformadores de la vida de los

pueblos, ha desaparecido de la escena y su lugar ha sido ocupado por el culto a la personalidad; por la proyección de la imagen; por promesas simplistas de gratificaciones instantáneas; por el poder del dinero en la comunicación política; por la manipulación de la opinión a través de los medios.

Hay confusión sobre lo que es el liderazgo. Muchos piensan que líder es el buen orador o el que tiene una personalidad atractiva, o un buen resumé o el que sabe cómo introducirse a los demás e impresionarlos porque recuerda su nombre. Quizás esas cualidades ayuden a ser un buen candidato pero un buen candidato es una cosa, un líder es otra. Se sigue al líder, se vota el candidato que puede ser líder o no serlo.

Estamos en pleno imperio de la trivialidad. Se examina la vida privada de las figuras públicas como si sus preferencias sexuales o gastronómicas o hábitos de ejercicio, entrañaran mensajes de un significado profundo. Naturalmente que no, pero la trivía tiene mercado aunque el que la mercadea no tenga conciencia de que, como informador, tiene un rol insustituible para el buen funcionamiento de la democracia.

Es dentro de esa confusión que reina sobre los valores, las candidaturas y las elecciones, que este pueblo tiene que hacer uso de toda su sabiduría en asuntos políticos.

Es de crítica importancia saber discernir en cuanto a los valores que el pueblo quiere hacer prevalecer como expresión cultural de su vida

en común y en cuanto a la identificación de la persona que puede llevar a cabo ese proyecto.

¿Qué constituye a un líder? ¿Su capacidad creadora o innovadora? ¿Su capacidad de inspirar a otros o de movilizarlos? ¿Su visión del futuro? ¿Su compromiso con los valores e ideales que sustenta? ¿Su capacidad para satisfacer las necesidades del pueblo? ¿Cuál debe ser su interacción con el pueblo? ¿Quién dirige: el pueblo o el líder? ¿Cómo se puede liderar a los seguidores sin ser liderado por ellos?

La vida de Luis Muñoz Marín nos ofrece contestaciones a todas estas preguntas. Muñoz Marín es un referente en liderazgo político que pocos pueblos tienen. Su ejercicio de liderazgo con el pueblo de Puerto Rico nos sirve de modelo para distinguir, no sólo entre candidaturas y liderazgo, sino entre liderazgo y mando. No todo el que manda o el que pretende mandar, es un líder. Y aunque quien manda pueda hacer cosas buenas para un pueblo, no puede hacer las cosas que puede hacer un líder. No se es líder por ganar una elección ni se deja de serlo por perderla. Un gobernante no es un líder por el hecho de ser gobernante; una persona con poder tampoco lo es. Una persona que monopoliza el poder y destruye a todo lo que se le oponga: no es un líder, es un tirano, aunque el pueblo no tenga otra alternativa que obedecerle.

Líder es aquel que tiene la capacidad para conjugar las aspiraciones del pueblo con los propios valores en un movimiento

impulsado por grandes ideales. El líder como Muñoz, se gana la confianza del pueblo por su honestidad, por su responsabilidad, por su compromiso con la verdad --dulce o amarga--, por su trato justo con la gente, por el cumplimiento de su palabra, y en virtud de esa confianza, moviliza al pueblo para alcanzar valores eternos, como la justicia y la libertad. La señal inequívoca del liderazgo está en el cambio enaltecido en la vida de la gente producido por su acción desde el poder.

¿Cómo cambió Muñoz la vida de los puertorriqueños?

En vez de constatar esa pregunta, como se acostumbra, con estadísticas sobre el aumento en el ingreso bruto, descenso de la mortalidad infantil, alfabetización, infraestructura y desarrollo económico, leyes de justicia social, etc., quiero contestarla con un testimonio prestado ante esta tumba, por Pedro Galarza, el 18 de febrero de 1988<sup>1</sup>:

Tendría yo unos quince años en la época en que se organizaba el Partido Popular. Había dos pueblos: el de las personas realmente ricas y alrededor de cien mil más vestidos de ricos; y el otro pueblo del millón y medio de habitantes, que no tenía fronteras definidas.

Yo era del pueblo del millón y medio. De aquel pueblo sin fronteras que dormía lo mismo en una cama vieja que en hamacas o en petates. De aquel pueblo que salía todos los días a buscar

---

<sup>1</sup> El testimonio está editado por mí para ajustarlo a este discurso.



trabajo donde lo encontrara, y si conseguía algo, tenía que comprar lo que consumía en la tienda del patrono a los precios que el patrono imponía. De aquel pueblo tan indefinido que mientras en un salón de clases un maestro se empeñaba en que aprendiésemos a jurar, todos de pie, la bandera americana, en inglés, sin saber inglés, en el salón del lado, otro maestro se aseguraba de que aprendiésemos bien **La Borinqueña**, de aquel pueblo a quien se le negaban sus derechos y que a fuerza de costumbre, no tenía una perspectiva clara del valor del ser humano.

Vivía yo para esa época, a la orilla de un camino en el Barrio Palomas de Yauco. Casas y caminos ocupaban unos veinte metros de ancho. Nuestra casita era de madera con sólo la sala, una habitación y una pequeña cocina. Allí se acurrucaba la familia. Yo era el cuarto miembro de mi familia de siete.

A ambos lados de esta franja de terreno, dos terratenientes mantenían vigilantes armados que no nos permitían pisar aquellas tierras y mucho menos, jugar en ellas. Algunos mirábamos con añoranza aquellas tierras que estaban tan cerca y que se veían tan distantes.

Aquella noche de la primera visita de Muñoz en el año de 1937 nos apiñamos en la plaza. Subió a la tribuna y comenzó su discurso. Comenzaron los acostumbrados aplausos. Muñoz con sus manos en alto hizo una pausa. Hubo un gran silencio en la

plaza. Con voz fuerte dijo a los presentes, les pido que no me aplaudan. No deben aplaudirme. Yo traigo un mensaje para ustedes y sólo necesito que oigan bien. Y con voz grave y tono mesurado, nos enseñaba cómo actuar, cómo reaccionar ante la injusticia, cómo responder a la compra del voto, cómo descubrir la verdad, dentro de los acostumbrados discursos políticos de barricada; nos hablaba del amor propio y de la grandeza del ser humano.

Volví a casa haciéndome muchas preguntas. Entre ellas, ¿quién es este hombre que tan firmemente ofrece estos consejos? Volví a las labores de campo y allí nos sentábamos los obreros en la pausa de ese día para comentar aquel acontecimiento de la noche anterior. Luego continuábamos nuestras tareas con la sensación de que había un elemento nuevo en nuestras vidas. Comenzábamos a darnos cuenta de que el pueblo del millón y medio tenía valor como personas, como seres humanos y sobre todo, que teníamos fuerzas para sustituir las nuevas veredas por nuevos caminos. La represalia, esa mala yerba que tanto daño ha hecho nuestro pueblo, se hizo más fuerte que nunca. Muy pronto el patrono supo quiénes éramos vulnerables al nuevo orden. La jornada de trabajo se redujo y las necesidades se agudizaron.

El triunfo de 1940 nos llenó de esperanza. Una de las primeras medidas de rescate fue la reforma agraria. Se expropiaron tierras y se nos adjudicó por sorteo, una parcela de



mil metros. ¡No podía creerlo! ¿Cómo yo podía vivir en aquella tierra que antes no podía pisar? Un sentido de liberación embargaba toda mi existencia. Miraba alrededor y no estaban los vigilantes armados. Ya no teníamos que ir obligados a comprar a la tienda del patrono. Ahora podíamos formar una cooperativa.

Comenzaron los programas de rescate de la pobreza. Un día al llegar a casa, encontré un telegrama de un trabajador social que visitaba el pueblo en búsqueda de jóvenes que desearan estudiar cursos vocacionales pagados por el gobierno. Yo interesaba ardientemente un curso de maquinilla y taquigrafía. Me consiguió el curso. Al terminar trabajé como secretario de un notable abogado de mi pueblo. Y siguieron aprobándose leyes de justicia social. Se aprobó la Ley de Personal y se abrieron las puertas a todos los puertorriqueños para entrar el servicio público en forma ordenada y a base de méritos. Tomé un examen de libre competencia y al aprobarlo, me enviaron en una terna al Departamento de Hacienda, Negociado de Contribuciones sobre Ingresos. Allí comencé como taquígrafo y terminé como Director Auxiliar después de haber transcurrido diez y ocho años. A través de los primeros doce años estudié en la escuela superior y mi bachillerato en la universidad, en cursos nocturnos mientras trabajaba de día.

En Hacienda tomé parte en una importante fase de la obra de Muñoz: la modernización de las leyes contributivas. Ricos y

prósperos tendrían que pagar contribuciones dentro de un sistema justo y equitativo. Estas contribuciones se traducían en obras. La próxima etapa de mi vida es en la empresa privada, como socio de una firma internacional. Ya en esta etapa se habían aprobado otras leyes que tendrían un profundo efecto en la vida de los puertorriqueños: las leyes de incentivos industriales.

He aquí que desde la empresa privada me encontré participando en una de las más importantes fases de la obra de Muñoz: la atracción de fábricas para reducir el desempleo. Como parte de mis labores, debía viajar a todas partes especialmente a Estados Unidos, para convencer a los empresarios sobre las ventajas de manufacturar sus productos en nuestro país. Muñoz mismo nos decía que renunció a sus sueños para que se realizaran los sueños de menos pies descalzos. Y los míos eran unos de esos pies descalzos. Sin duda, Muñoz y yo caminábamos, sin saberlo, por las mismas sendas.

Esa fué la experiencia de Pedro Galarza. Como la suya, hubo legión. Impactados por la obra, tocados, en una forma u otra, por la gesta Muñocista fuimos todos los puertorriqueños. Las armas de Muñoz fueron sus principios, su interés, el de su pueblo.

La presidencia de Estados Unidos, decía Franklyn Roosevelt, es, primordialmente, un lugar para el liderato moral. El liderato moral en política se ejerce tomando decisiones de alto contenido moral como las que tomó Muñoz para hacer justicia al trabajador frente al

poderoso o al renunciar a su ideal de independencia porque llegó un día en que la conciencia le dijo que no era coherente con las aspiraciones de libertad integral de los que en su pueblo llevaban los pies descalzos.

Líder y pueblo se convirtieron en una sola persona. El líder con fe en algo eterno, inmutable, la justicia, la libertad, con nobleza en el proceder, con valor y determinación frente a los adversarios de los valores que él y el pueblo querían hacer prevalecer. El líder con un pensamiento sublime y una entrega a la consecución de difíciles empresas que sólo se realizan por la constancia del servicio y la energía del sacrificio. El pueblo, con su enorme aportación del sentido común; de esa sabiduría que no se aprende en la escuela, sino en el contacto constante con la realidad, con las contingencias y flaquezas de la vida real. Ambos, líder y pueblo, estuvieron en contínua lucha entre el espíritu y la materia y sin embargo, el uno no podía vivir sin el otro y se buscaban y se amaban y se creían parte integrante de su ser de tal manera que el líder no podía estar sin el pueblo ni el pueblo sin el líder.

La compenetración entre Luis Muñoz Marín y el pueblo de Puerto Rico se manifiesta con claridad en el discurso que pronunció aquí en Barranquitas el 17 de julio de 1951. En aquel histórico mensaje, Muñoz nos habla de la campaña fundadora del Partido Popular Democrático entre 1938 y 1940.

"Hubo veces en que Puerto Rico aparecía ante mis ojos como una interminable vereda entre montes y vegas y caras adoloridas. La

vereda fue mi casa y mi camino; y el dolor y el afecto humano, mi compañía y entre el dolor y el afecto, como una tenue semilla, la esperanza.

"De aquella enorme tertulia con mi pueblo, aprendí muchas cosas. Aprendí que hay una sabiduría de pueblo, en campos y poblaciones que la educación puede instrumentar pero no mejorar en sus magníficas esencias humanas. Yo le enseñaba algo a muchos de ustedes, pero ustedes me enseñaban más a mi. Aprendí que, en la sabiduría del pueblo, la libertad se entiende como cosa mucho más honda del corazón, de la conciencia, de la vida diaria, del surco y el arado y la herramienta, de la dignidad personal en todo eso... Aprendí muchas cosas, probablemente muchas más cosas que las que todavía sé que he aprendido --porque se aprende por siembra en el ánimo, cosas que después se cosechan por el entendimiento. Y aprendí mejor que muchas otras, una cosa de la que ha sabía antes: que es indigno de la conciencia, que es la negación de todo ideal, el arriesgar por conceptos abstractos, la esperanza de mejor vida, la profunda creencia en la libertad integral de la gente buena y sencilla que puebla de caminatas la larga vereda que a veces cruza calles y plazas que es Puerto Rico. Y aprendí todo esto y que la gran masa del pueblo de Puerto Rico quiere las anchas hermandades con sus conciudadanos de la Unión Americana, con todos los hombres de la tierra, mejor que las agrias estrecheces de la separación.



"En lo político el ensanche que ha podido tener mi propio pensamiento puede servir para ilustrar en alguna forma la manera en que esta generación ha buscado y a mi juicio está encontrando, la verdad política, el ideal político que más justamente se adapte a la complicada necesidad de nuestro pueblo en su gran busca de la libertad integral --la libertad en todos sus aspectos, en vez de limitada a sólo algunos: libertad del miedo al hambre; libertad del miedo a la inseguridad; libertad del temor a que se supriman libertades de los individuos, de los hogares".

Mediante esa compenetración dialogante que busca atender las prioridades del pueblo a la vez que elevar sus miras hacia más anchos horizontes, es que se ejerce el liderazgo en los pueblos más pequeños o en los más grandes del mundo.

Años más tarde en la inmensa China, Mao Tse Tun escribía: "Para vincularse con las masas, uno tiene que actuar de acuerdo con las necesidades y los deseos de las masas... Existen dos principios, uno es las necesidades reales de las masas y no lo que nosotros entendamos que necesitan, y el otro, es los deseos de las masas, las cuales deben formar su propio criterio en vez de nosotros formárselo... Debemos prestar una atención de cerca al bienestar de las masas desde los problemas de tierra y trabajo a aquellos de combustible, arroz, aceite para cocinar y sal... Debemos ayudarlas a proceder desde estas cosas a un entendimiento de las metas más elevadas que nosotros hemos enunciado... Ese es el método básico de liderazgo".

Luis Muñoz Marín supo conducir al pueblo de Puerto Rico desde la atención inmediata a sus necesidades básicas hasta el logro de la transformación en una sociedad fundada en el privilegio a una sociedad sobre bases de justicia con oportunidades de progreso para todos y de una sociedad empobrecida bajo un régimen colonial, a una sociedad progresista con libertad integral en lo personal y colectiva, dentro de la autonomía del Estado Libre Asociado. Esa transformación es el logro permanente que da la medida del líder ante la historia.

El liderazgo de Muñoz, como todo liderazgo, se forjó en el conflicto y en la lucha. Conflicto y lucha dialogante del líder con sus seguidores para conjugar los valores del movimiento. Conflicto y lucha del movimiento frente a los enemigos de esos valores para convencer una mayoría del pueblo que otorgara el poder; conflicto y lucha del movimiento en el poder contra todos los intereses que se oponían al hacer los valores de **Pan, Tierra y Libertad**, realidad en la vida del pueblo; conflicto y lucha para hacer permanentes las conquistas políticas, económicas, sociales y culturales en la vida del pueblo. Pero la democracia es vital y por tanto, no hay victorias finales en ella, los logros traen otros problemas y otras aspiraciones; los adversarios que se habían derribado se incorporan nuevamente con fuerza y hay que enfrentarse a ellos. Y así se repetirá el ciclo sucesivamente hasta el fin de los tiempos.

De modo que, cuando sentimos la falta de liderazgo hoy día, tenemos que discernir en torno a las cualidades de quienes aspiran o



pretenden ser líderes y además, preguntarnos: ¿Liderazgo para qué proyecto en común? ¿Cuál es el dolor y cuáles son las ilusiones de los puertorriqueños y de las puertorriqueñas de hoy? ¿Cuál es el drama de su existencia? ¿Cuáles son sus angustias y sus esperanzas? ¿Cuáles sus necesidades reales, no las que imaginan los que hacen de un ideal, un modo de ganarse la vida?

Muñoz llevó a Puerto Rico a la modernidad, etapa que todavía no se ha alcanzado por muchos pueblos del mundo. Hoy tenemos que bregar en el mundo más complejo de la post-modernidad, la globalización, y la sociedad de la información. Una etapa histórica en que los puertorriqueños podemos realizar nuestro gran potencial pero estamos sujetos a poderosas fuerzas, unas internas y otras externas, que afectan nuestras vidas e influyen nuestro comportamiento. Una jungla en que los poderosos de dentro y de fuera, miran al pueblo y no ven personas, sino consumidores, electores, audiencias, mercados para conquistar a cualquier precio para satisfacer su ambición de dinero, de poder, o de ambos.

La única fuerza que puede oponerse a todas esas es la fuerza de un pueblo conciente que quiere defender sus valores y forjar una vida más digna. Un pueblo conciente de sus deberes al igual que de sus derechos, es un pueblo soberano ante su destino. Ese es el pueblo que puede formular un proyecto de vida en común afirmando los prístinos valores que surgen de su esencias culturales. De la intimidad de su ser.

¿Cuáles son los valores sobre los cuales este pueblo quiere construir su civilización del siglo XXI? ¿Quiénes son los amigos y quiénes los enemigos de esos valores?

Las respuestas a estas preguntas discurren por valores en conflicto entre los cuales el pueblo tiene que discernir para producir el cambio que le lleve a una vida más digna. Hay que elegir:

Entre la serenidad que viene del cultivo del espíritu, de la cultura, de la naturaleza y del ambiente y el afán del consumo inagotable.

Entre la seguridad que viene de la cohesión social y la seguridad que viene de la imposición del orden por la fuerza.

Entre el respeto a nuestra identidad y la subordinación de esa identidad a otra que se piensa más respetable.

Entre la solidaridad para que todos progreseemos juntos y el individualismo para que progresen unos a expensas de otros.

Entre la interdependencia que viene del trabajo y el esfuerzo propio y la dependencia que viene del ocio.

Entre la democracia participativa que exige una continúa responsabilidad cívica de parte del pueblo y la democracia electoralista en la cual se satisface el deber votando una vez cada cuatro años.

Entre el uso de la libertad de prensa para informar al ciudadano para que ejerza responsablemente sus derechos democráticos y cumpla sus deberes o el uso de esa libertad para manipular la opinión pública con el fin de adelantar agendas particulares.

Entre el uso de los medios de comunicación para fomentar los valores que enaltecen la vida de la comunidad y el uso de éstos apelando al morbo y a los más bajos instintos para maximizar ganancias.

Entre la expansión de la libertad colectiva mediante la autonomía o la limitación de la libertad colectiva mediante la lucha cainista.

El pueblo no puede dilatar estas decisiones, que no son fáciles, y conjugar un propósito colectivo para realizar su proyecto de vida en común. Hay quienes piensan que es muy tarde ya. No soy uno de ellos. Conozco bien a este pueblo y sé de sus reservas espirituales.

Junto al pueblo tienen que estar aquellos que sepan traducir ese propósito en políticas públicas, en programas y proyectos de un gobierno descentralizado inscrito en las nuevas tendencias de la administración pública que contemplan eficacia y cohesión con iniciativas particulares y comunitarias en un movimiento hacia un estadio superior.

Se requiere la obra de muchos pues hay que trabajar: en la familia, en la escuela, en la actividad económica, en los medios de comunicación, en el deporte, en la religión. La labor no sólo es personal, sino también organizativa de una sociedad civil más fuerte y más ancha de la que ha tenido Puerto Rico. Y naturalmente, la acción cimera debe darse en el nivel político.

La vida de Luis Muñoz Marín es un tesoro nacional al cual retornamos para reemprender el camino que conduce a nuestros más

altos ideales. Francisco Rodón pintó el retrato del prócer en el otoño de esa vida. Hay una profunda tristeza en el rostro de Muñoz. Es la tristeza de quien siempre le dijo con verdad al pueblo: "Hemos hecho mucho, pero todavía nos falta mucho más por hacer". Pero sabe que ha llegado al final de sus días y no podrá hacerlo junto a su pueblo. Detrás de la tristeza se percibe el alma grande de quien, como dice el Evangelio, pasó haciendo el bien.

Los días de los líderes se acaban, no así los de los pueblos. A las siguientes generaciones corresponde el relevo en la tarea inacabable de impulsar al pueblo hacia nuevas conquistas de civilización. A los cien años del nacimiento de Muñoz, los aquí presentes rendimos tributo a su memoria que continuará por siempre siendo faro de luz para su pueblo. Rendimos ese tributo también por todos los puertorriqueños que no han podido estar aquí y por todos aquellos a quienes hizo bien y ya no están con nosotros. Y si preguntan a dónde va el pueblo a quien Luis Muñoz Marín amó tanto, responderemos por el pueblo con palabras de Luis Muñoz Rivera:

"En cambio, de mí propio, ¿qué me resta?

Al subir la agria cuesta  
 rodó de mis quimeras el bagaje,  
 y, aunque huello con ímpetu el camino,  
 errante beduino,  
 tardo en llegar al término del viaje.

Arriba, lo ideal: foco de lumbre  
que irradia en la alta cumbre  
sobre los mundos su calor eterno;  
abajo, lo real: nébula oscura  
que tiene la negrura  
de la noche y los fríos del invierno.

Y en la pendiente yo; fuerza que avanza;  
voluntad que se lanza;  
alma que busca la verdad perdida  
y se sumerge en la penumbra densa  
para sentir la intensa  
vibración del esfuerzo y de la vida.

¿A dónde voy? Que el porvenir responda.  
La sima es negra y honda;  
pero es la abrupta cima ingente y clara.  
Soy de los que en la liza perseveran  
y sin temblar esperan  
la gloria o el peligro cara a cara".